

recomienda el cumplimiento correcto de lo preceptuado respecto del culto, para alcanzar la merced de Dios; y por qué en este punto no se encuentran ecos de los sermones morales de los profetas, menos todavía que las confesiones de pecados de Esdras, cap. 9 y Neh., cap. 9.

Ya se ve que el hecho de poseer una ley y la convicción de que esta ley se cumple debilitaban mucho la creencia de que sobre la comunidad pesaba todavía la contaminación de otro tiempo; pues que la posesión de la ley era la prueba de que Israel estaba en gracia de Dios. Ya no era de temer que el pueblo judío dejara su religión y su Dios, ni que su fínole estuviera corrompida y perversa, porque en tal caso no se habría sometido al yugo de la ley, yugo que llevaba y ley que cumplía sin quejarse. Por esto los judíos en la época de que tratamos, al pensar en el pecado del pueblo, pensaban en los

pecados del tiempo pasado. Como fruto de su historia sabía el pueblo judío, á la verdad, que desde los tiempos de sus antepasados llevaba el peso de la impureza, y esta idea era tan viva en la época anterior á la macabea que se refleja en las confesiones de Esdras, 9, 6, etc., Nehemías, 9, 6, etc., y Daniel, 9, 4, etc. La confesión de pecados era también un precepto de la ley, una obra piadosa con la cual se servía á Dios (Levítico, 16, 21; Esdras, 9, 6, etc.). Esto debía embotar necesariamente la idea de la propagación del pecado, pues como los mandamientos de la ley podían cumplirse no siendo excesivamente rigurosos, habían de resultar, para los que vivían sujetos á esta ley, una conciencia tranquila y la convicción de hallarse en gracia de Dios. Bajo este punto de vista no hubo modificación hasta que la introdujo el desenvolvimiento posterior de la religión.

EL FIN DE LA EXISTENCIA DEL ESTADO NACIONAL JUDÍO

Y EL

ORIGEN DEL CRISTIANISMO

POR

OSCAR HOLTZMANN

LICENCIADO EN TEOLOGÍA

CAPÍTULO PRIMERO

LOS JUDÍOS EN LOS REINOS GRIEGOS HASTA ANTÍOCO IV
REY DE SIRIA

1. Los judíos y la civilización griega

La Palestina, desde el tiempo de Roboam, había sido el blanco de la ambición de los egipcios y de las naciones del Asia oriental, y como en aquellos tiempos no eran posibles todavía guerras marítimas, aquella comarca fué el teatro de la lucha entre los dueños del Asia occidental y los de la cuenca del Nilo. Solo por el lado de la Palestina los señores de la Mesopotamia podían hacerse con un territorio que les diera acceso al Mediterráneo, sin lanzarse á sostener contiendas peligrosas con los Estados griegos del Asia Menor. Además para ellos el mar estaba más cerca por el lado de Palestina. Al Egipto, sin embargo, no podía convenir que en la Palestina y su costa se estableciera una gran potencia, y para impedirlo el mejor medio era ó posesionarse del citado territorio ó impedir que otra potencia lo conquistase. Esto originó ya en épocas remotas continuas guerras entre los egipcios y los reyes del Asia occidental, algunos de los cuales llegaron hasta someter temporalmente el Egipto, como el rey de Asiria Assaraddon (671) y el de Persia Cambises por el año 525 aproximadamente. Ciro, antecesor de Cambises y fundador del gran imperio persa, para asegurar su imperio, quiso hacer de la Palestina un baluarte contra el Egipto y con este objeto permitió á los judíos el regreso al país de sus mayores, donde gozaron durante dos siglos de paz y tranquilidad, gracias á la sumisión de Egipto por Cambises. Las pequeñas contiendas con los samaritanos é idumeos fueron poca cosa en comparación con las grandes guerras de otro tiempo entre los reyes de Egipto y los de Asiria, y ni siquiera pueden compararse con las contiendas por la supremacía de Siria entre Israel y Damasco. En este largo período de paz fué perdiéndose la energía y robustez políticas del pueblo que en tiempo del Deutero-Isaías supo encontrar todavía expresiones tan enérgicas. En cambio empezaron los judíos entonces á convencerse de que formaban una comunidad religiosa especial, que fijaba su orgullo en el cumplimiento exacto é inflexible de su ley escrita. La vida nacional política con sus ambiciones y luchas había desaparecido, ni poseían los judíos los tesoros intelectuales, las ciencias y artes,

cuya posesión podía consolar á los griegos de la pérdida de su grandeza é independencia políticas. En esta situación el pueblo judío recogió la herencia de sus mayores y cultivó con toda su tenacidad característica su religión y su culto, que como un tesoro especialísimo comparado con los de otros pueblos miraba con justo orgullo. Al mismo tiempo se desarrolló entonces en los judíos que vivían dispersos en otros pueblos el don particular de su raza, y de toda la raza semita en general, la aptitud para el comercio, que le ha distinguido siempre de la raza aria ó indo europea.

No fué ésta sin embargo la última fase en la historia política del pueblo israelita. La gran figura de Alejandro Magno, el representante poderoso de la civilización occidental en Oriente, influyó también en la suerte del pueblo judío, y el resultado más importante de las victorias de aquel conquistador fué seguramente el haber abierto el camino por el cual la religión de Israel, en su transformación cristiana, pudo ser transmitida al mundo occidental. En lo que sigue veremos cómo y por qué sucesos se efectuó esta transformación, cuya marcha es fácil trazar á grandes rasgos.

A la civilización griega esparcida por los reinos que se formaron del gran imperio fundado por Alejandro Magno, tocó la misión de fundirse con la civilización oriental de modo que las conquistas intelectuales de cada pueblo englobado en aquellos reinos pudieran ser aprovechadas y asimiladas por la totalidad. Entonces y siguiendo la tendencia de aquella época, fué cuando el pueblo de Israel trató por un lado de comunicar su religión á la sociedad griega y de enterarse por otro de la filosofía helénica. El carácter peculiar de la religión israelita hacia difícilísima su introducción en otros pueblos; pues en primer lugar estaba la confianza inquebrantable de los israelitas en Dios como pueblo particular suyo, por manera que para adoptar la religión judaica era desde luego preciso ser individuo de este pueblo. Por esto al tratar de propagar su religión obedecían los judíos tanto á un impulso devoto, como á su patriotismo, y cuanto mayor era su celo de propaganda, tanto más se fueron convenciendo de que el patriotismo propio impedía á los paganos el adoptar la religión de Israel. Esto dió lugar á muchas tentativas para salvar este escollo. Los propagandistas ensalzaron la parte moral de su religión y la elevadísima idea que tenía de la existencia de un solo Dios, pasando en silencio la confianza en Dios, que era el alma de la religión israelita desde su origen. Otros propagandistas trataron de hacer aceptable el ju-

cumplimiento era imposible en absoluto para los judíos que vivían dispersos en países paganos. La ley se había hecho en un todo para un pueblo agricultor; sus fiestas eran relativas a la producción rural, a la cosecha de frutos y cría de ganado, y una gran parte de sus disposiciones (como las relativas a la sucesión y al séptimo año) interesaban solo al labrador, y labrador había que ser para poder cumplirlas. Los judíos que vivían en el extranjero eran comerciantes y prestamistas, y si bien holgaban los sábados, es decir, se abstendían en estos días de todo trabajo, no podían cumplir ni este precepto en países paganos con todo el rigor que se acostumbraba en el país judío desde Nehemías. Tal era la imposibilidad de cumplir la ley por todos conceptos que el judío que vivía entre paganos no salía nunca del estado inmundo, mirado rigurosamente. El resultado fue, que a pesar de la mejor fe y voluntad, los judíos dispersados en los países griegos tenían que distinguir entre los preceptos ineludibles y otros menos importantes de la ley, sin que esto quiera decir que considerasen los preceptos morales como los más importantes y esenciales de cumplir. La circuncisión, la santificación del sábado y los preceptos relativos a los alimentos eran considerados como señales poco menos que principales de pertenecer al pueblo de Dios, pero según la fuerza de las circunstancias fue menester más o menos tolerancia en su observancia y de muchos otros preceptos debió prescindirse del todo por ser imposible su cumplimiento.

Mientras esto sucedía a los judíos en el extranjero, se esforzaban los eruditos o escribas de Palestina por reunir, con una casuística verdaderamente asombrosa, todos los casos y circunstancias imaginables de la vida, buscando para todos preceptos que muchas veces nada tenían que ver con ellos para reglamentarlos, a fin de que nadie pudiese traspasar el círculo bien determinado de la ley. Mas adelante examinaremos estos trabajos; aquí solo haremos notar que las relaciones de los judíos del extranjero con los de la Judea eran tan frecuentes e íntimas que el hábito de la vida de aquellos otros países penetraba siempre a despecho de todas las precauciones doctorales, intolerantes y fanáticas en el pueblo judío de Palestina. Estas relaciones eran en gran parte regulares, ya por los viajes en que uno u otro individuo de la comunidad judía llevaba siempre algo del extranjero a Jerusalén, ya principalmente por el impuesto que todos los judíos, donde quiera que estuviesen, pagaban anualmente al templo y que importaba por cada individuo un didracma o doble dracma (1'63 pesetas aproximadamente) de Tiro, y que había de pagarse en el mes de Adar (en marzo poco más o menos). Otros impuestos, como los que se pagaban en productos, y cuyo pago era muy difícil para muchas partes de Palestina, si es que realmente se efectuaba por todos los habitantes, eran satisfechos por los judíos en el extranjero probablemente en dinero. Este era otro punto en que o no se cumplía la ley o se ajustaba su cumplimiento a las circunstancias, lo cual no impedía que todos los judíos, ya viviesen en el extranjero, ya en Palestina, tuviesen la conciencia de ser un solo pueblo, y estuviesen convencidos de que la ley de Dios era una gloria y un motivo de orgullo para todos y de que todo judío verdadero debía cumplir la ley de Dios.

4. El ataque de Maneton

El favor que los judíos hallaron en la corte de los Tolomeos, y especialmente de Tolomeo Filadelfo, les suscitó muchos enemigos y excitó muy particularmente la envidia de los egipcios. Un sacerdote egipcio llamado Maneton, que escribió en el reinado del citado Tolomeo una historia de su pueblo en lengua griega, introdujo en ella una relación, legen-

daria, según él mismo advierte, del origen del pueblo judío. Dice que los hyksos arrojados del Egipto habían fundado para resguardarse del imperio asirio, entonces muy floreciente, una ciudad llamada Jerusalén, bastante dilatada para que cupiesen en ella los cientos de millares de sus individuos. Esto dice Maneton que lo había encontrado en las relaciones y escritos sagrados de los egipcios, y tomándolo de la leyenda corriente, que durante largo tiempo fue admitida por los paganos ilustrados, añade lo siguiente: Según esta leyenda reinó en Egipto, cosa de 520 años después de la expulsión de los hyksos, el rey Amenofis. Este rey tenía gran deseo de ver a los dioses, y un sabio adivino le dijo que esto solo podía suceder cuando hubiese limpiado todo el país de leprosos y gente inmunda. A consecuencia de esto envió el citado rey a ochenta mil leprosos y otros inmundos a las canchales al Este del Nilo. Entre estos leprosos había también algunos sacerdotes y al saberlo el adivino temió haber excitado la ira de los dioses sobre sí y sobre el rey, a consecuencia de lo cual se suicidó después de haber escrito la siguiente profecía: «Los inmundos encontrarán aliados y se apoderarán del Egipto y le dominarán durante trece años.» Bastante tiempo después solicitaron los enfermos expulsados que el rey les concediera la ciudad de Auaris que en su tiempo habían abandonado los hyksos, y el rey accedió a su solicitud. Entonces eligieron los agraciados para jefe a un sacerdote leproso llamado Osarsiph, natural de Heliópolis, y le prestaron juramento de fidelidad y él les dio una ley que les imponía principalmente tres cosas, la de sacrificar los animales sagrados para los egipcios, no adorar a los dioses y no tener comunión con nadie fuera de ellos mismos, y habiéndolo todos jurado, el citado sacerdote, llamado también Osiris, venerado en Heliópolis, cambió su nombre por el de Moisés. Hecho esto fortificó la ciudad y envió embajadores a los hyksos arrojados del Egipto y establecidos desde entonces en Jerusalén, solicitando su alianza. Los hyksos aceptaron y llegaron en número de doscientos mil hombres a Auaris. El rey Amenofis, espantado de ver cumplida la profecía de su agorero, se retiró con el buey Apis y los demás animales sagrados y todo su ejército a Etiopía, en cuya frontera aguardó trece años. En este tiempo los enemigos incendiaron ciudades y aldeas, saquearon los templos, profanaron las imágenes de los dioses, comieron la carne de los animales sagrados, obligando a los mismos sacerdotes a degollarlos y expulsándolos después desnudos. Al fin regresó Amenofis con un poderoso ejército; se le agregó su hijo Rameses, y entre ambos se lanzaron sobre los enemigos, mataron a muchos y arrojaron a los demás hasta los confines de la Asiria.

Es posible que la indignación que causó esta historia, tan odiosa y hostil a los judíos, fuera el motivo de la traducción del Pentateuco en lengua griega por los judíos de Alejandría, a fin de enterar al mundo pagano del origen y de la ley del pueblo judío. De todos modos merecen ser tomadas en consideración las acusaciones de Maneton, aun cuando es una exageración maligna del primer mandamiento del Decálogo, el decir, como dice Maneton, que Moisés había obligado a su pueblo a no adorar dioses, acusación que se repitió después continuamente. El carácter exclusivo del monoteísmo israelita estaba en realidad fuera del alcance de las religiones naturales, porque en lugar de excluir el Dios universal la multitud de divinidades, las incluía en su esencia. Toda manifestación de la naturaleza es para el panteísta una revelación de la divinidad. Pero el Dios de Israel protegía y santificaba a su pueblo y por este motivo no quería compartir su honor con otra divinidad y velaba celosamente que su pueblo le adorase a él solo y no a ningún otro dios. A consecuencia de esto los judíos en todo país extranjero se veían

obligados a no hacer lo que hacían todos los demás pueblos, que adoraban a los dioses del país donde se encontraban. Los judíos no oraban a las divinidades de las ciudades y del país donde se encontraban; solo a su Dios oraban también por la ciudad y el país que no era suyo, si bien moraban en ellos; y claro es que los paganos siempre les encontraban la misma falta de no adorar a los dioses, reconversión fundada en la esencia de la religión israelita. Aunque Maneton sabía perfectamente que la idea de los judíos era, no obstante, muy diferente de la de los paganos, desde su punto de vista no podía comprender que solo por este camino pudieran triunfar la moralidad y religiosidad humanas. Otra acusación era que los judíos mataban y comían la carne de animales que eran sagrados para los egipcios. Esto podía perjudicar a los judíos a los ojos de los egipcios, pero no a los de otros pueblos paganos. Mas les perjudicaba la tercera acusación de la separación de los judíos de todos los demás hombres; pero esta separación era motivada por la obligación de los judíos de no faltar a la santidad de Dios, lo cual les obligaba a vivir conforme a su ley hasta en los actos más insignificantes y usuales de la vida. Esto hacía casi imposible todo trato con personas que no fueran judías, y obligaba a los judíos en el extranjero a dejar sin cumplir muchos preceptos de su ley para no ofender a los habitantes paganos entre los cuales vivían. Pero esto fue a su vez causa de que los judíos cumplieren con mayor celo aquellos preceptos que podían cumplir, y con esto levantaban en país extranjero una valla invencible entre ellos y la población no judía. Semejante valla parecía mas que nunca en la sociedad griega un contrasentido; porque justamente en el mundo griego nació la idea de fundir a todos los pueblos en una sola sociedad, y justamente en el mundo griego se estudiaba el mérito de cada pueblo y se comprendía que todos los individuos eran seres morales. Es muy característico para la marcha de las ideas morales y religiosas en el mundo que el pueblo clásico en el terreno del desarrollo de la religión y de la moralidad haya sido acusado por sus adversarios con razón aparente de contrario a la moral y falta de religión, y esto cabalmente poco antes de que este pueblo triunfara definitivamente del paganismo. Por lo demás, las observaciones de Maneton sobre los judíos son injurias vulgares y lo único positivo de que les acusa es de aborrecer los ídolos.

5. La contestación de los judíos

Los judíos no se dejaron vilipendiar sin contestación, y esto originó una guerra literaria en la cual los judíos no se defendieron directamente atacando lo dicho por Maneton, sino procurando dar al público una idea correcta de su historia pasada. Esto hicieron desde luego por medio de la traducción de sus libros sagrados; pero no dió el resultado apetecido, porque estos libros o no fueron leídos por los paganos o si los leyeron no les dieron ninguna fe. Los judíos se encontraron en la situación de aquel que defendiendo su causa tiene que ser su propio abogado. Buscaron, pues, un defensor extraño, que fue un historiador, Hecateo de Abdera, que había vivido en la corte del primer Tolomeo, y que había escrito una obra sobre los Hiperbóreos, otra sobre el poema de Homero y sobre Hesiodo y finalmente una historia de Egipto, en la cual había tenido que hablar también del pueblo judío, pero había hablado de una manera imparcial y desapasionada, ya que en su tiempo los judíos no habían dado lugar todavía a excitar la envidia. Los judíos no leyeron la descripción imparcial de Hecateo, sino después que Maneton hubo publicado sus calumnias; mas los escritos de Hecateo no fueron suficientes todavía para refutar lo

dicho por Maneton, por cuya razón se encargó una pluma judía de completar las deficiencias de la historia de Hecateo, y tan abundantemente lo hizo que autores posteriores de la antigüedad dudaron de la autenticidad del libro «Sobre los judíos», y si no dudaron atribuyeron este libro a un prosélito de estos. En dos lugares principalmente parece haber añadido el arreglador sus observaciones favorables a los judíos. Un libro apócrifo del citado Hecateo trataba de la historia primitiva de los judíos, hablando de Abraham y de los egipcios, pero el autor primitivo o arreglador no se contentó con representar a Abraham como proclamador del Dios único y de la elevación de Dios sobre todo lo creado, sino que adujo una multitud de versos de poetas griegos célebres para probar que era verdad lo que había predicado Abraham. Ciertamente que la mayor parte de estos versos no son legítimos; sin embargo, no deja de ofrecer un grandísimo interés que en aquel tiempo pudiese un judío servirse de testimonios de poetas célebres griegos, como Esquilo, Sófocles, Eurípides, Filemon, Menandro, Dífilo y hasta en medio de ellos el mítico Orfeo, para probar que la idea judía de Dios era la verdadera, y todo esto sin encontrar contradicción. La verdad es que en este libro no se da toda la idea de Dios de la religión judía, sino solo un fragmento de ella, pues nada se dice de la relación especial entre Dios y su pueblo elegido; pero en todo el libro está vivamente marcada la santidad de Dios y hasta subordinado el servicio material de sacrificios al cumplimiento de las leyes morales, de la misma manera que se marca la recompensa futura que ha de encontrar el individuo. Esta idea se encontraba en efecto en el espíritu de las obras de los grandes trágicos griegos. Entre los versos falsos hay también trozos legítimos de antiguos autores griegos. En general fue este libro una empresa importante; probaba que su autor estaba admirablemente impetuoso en la lengua y literatura griegas y que fuese quien fuese era verdaderamente griego por su instrucción, sin perjuicio de su orgullo de ser descendiente de judíos y de participar de su religión y civilización. Así como en su persona reunió las dos civilizaciones, la griega y la judía, del mismo modo supo encontrar y fundir las conquistas intelectuales de los dos pueblos, y lo que elevó su satisfacción nacional fue, que en las ideas más sublimes de los griegos solo encontró el presentimiento de lo que su pueblo poseía hacia mucho tiempo por la revelación de Dios. Hoy es imposible determinar la extensión del éxito que alcanzó este libro de Hecateo sobre Abraham, pero desde entonces se hizo usual la citación de autores griegos para asegurar el éxito de los libros escritos a favor de la propaganda judía en el público griego pagano, y hasta San Pablo se sirvió de este mismo medio a favor de la propaganda cristiana.

El segundo punto de aumento intercalado en el libro de Hecateo de Abdera se refería a la parte titulada: «Sobre los judíos», que trataba del pueblo judío de aquella época, y de los fragmentos que se han conservado se pueden separar fácilmente los trozos añadidos del texto original de Hecateo. Como muestra de la savia nacional que en aquel tiempo circulaba todavía por el pueblo judío, es decir, por el año 300 antes de nuestra era aproximadamente, citaré aquí una corta anécdota que se refiere en un trozo legítimo de Hecateo y que forma un fuerte contraste con el espíritu rígido y frío de los escribas: «Cuando atravesé el mar Rojo, — dice Hecateo, — había entre los soldados judíos de a caballo que nos escoltaban un mozo robusto y decidido, llamado Mosollamos, alabado por todos como excelente arquero y el más bizarro entre griegos y bárbaros. Componíase la expedición de una multitud de personas, y de repente un augur mira las aves y manda que todo el mundo se detenga. Mosollamos

daísmo no haciendo hincapié en las condiciones del ingreso, ó interpretándolas de cierta manera, ó haciéndolas mas comprensibles dándoles una explicación filosófica; mas el escollo no desapareció hasta que el espíritu religioso israelita encontró la forma del cristianismo, que se quedó con lo mas precioso y lo mas perfecto que en su marcha progresiva había encontrado la religión israelita, y al propio tiempo lo hizo transmisible á otros pueblos sin violentar ni su independencia ni su patriotismo, ni ningún rasgo individual y nacional. El cristianismo es, pues, el fruto mas importante del Oriente que la civilización griega maduró; pues en el terreno de las artes y ciencias nada produjo el Oriente que sobrepusiese notablemente á la civilización propiamente griega.

El período de paz que había empezado con la sumisión del Egipto por Cambises, concluyó con la expedición de conquista de Alejandro Magno. Las turbulencias que ocurrieron despues de la división del gran imperio, fueron para la Palestina una fuente de grandes calamidades. Los Tolomeos, poseionados del Egipto, pretendían toda la herencia de los Faraones, y los Seléucidas, dueños de la Mesopotamia, de la Siria, de la Persia y de una parte del Asia Menor, pretendían la sucesión de cuanto había formado parte de los grandes imperios de Asiria, Babilonia y Persia. Los Tolomeos y los Seléucidas llegaron, pues, casi sin quererlo á las manos, disputándose la posesión de la Palestina, el país fronterizo de ambos. En estas contiendas tuvieron los Tolomeos desde un principio la ventaja de ser el Egipto, su reino, un país protegido naturalmente por todos lados contra todo ataque. Siendo el Egipto un reino tan unido, con límites tan bien determinados y fijos, tenía que ser conquistado completamente, pues una conquista parcial y la consiguiente división del reino eran imposibles si habían de ser duraderas. El imperio de los Seléucidas era mas dilatado, pero le faltaba un centro. Como tal había servido á monarcas anteriores la Mesopotamia, pero este país, despues del prolongado dominio de los Aqueménides, estaba enlazado demasiado estrechamente con la vecina Persia, para que los Seléucidas pudiesen mirarlo como centro de su imperio, pues la Mesopotamia como la Persia lamentaba la pérdida de independencia y la desaparición de su dinastía patria. Seleuco fundó á orillas del Tigris la ciudad de Seleucia, cuya grandeza y poderío heredó mas adelante la ciudad de Ctesifonte, situada en la orilla izquierda del río, pero esta ciudad en el reinado del segundo sucesor del primer Seléucida, Antíoco Teos (266 hasta 247), cayó en poder de los Arsácidas, los reyes partos. Babilonia, elegida por Alejandro Magno para capital de su imperio, y que en tiempo de Antíoco III era todavía una de las capitales de los Seléucidas, estaba demasiado distante de la costa del Mediterráneo, amenazada por los Tolomeos, los macedonios y eventualmente por los habitantes de Pérgamo, cuando la pérdida de esta costa quitó al imperio de los Seléucidas su calidad de potencia griega. Así es que los reyes seléucidas residieron tan pronto en Sardes como en Efeso, como en Antioquia, á orillas del Orontes. Esta última ciudad fué elegida despues y por circunstancias apremiantes para capital permanente del imperio.

Los judíos sintieron también por su desgracia la falta de una buena circunscripción del imperio seléucida. Despues de la batalla de Ipsos había sido cedida la Palestina á Tolomeo Lago, por consecuencia de cuya cesión este país formó parte del imperio egipcio durante cerca de un siglo, que fué el período de la grecificación pacífica que experimentó el pueblo judío, porque los Tolomeos con su política prudente trataron á los judíos lo mismo que á los egipcios. Sus creencias y usos religiosos fueron no solamente respetados, sino hasta cultivados con solicitud. Sin embargo, los judíos jamás per-

donaron á Tolomeo I Soter, el fundador de su dinastía, que en el tiempo turbulento que precedió á la formación definitiva de los reinos griegos, se apoderara alevosamente de Jerusalén en un sábado, día de descanso, en cuya ocasión se llevó, segun se dice (antes del año 301 antes de J. C.), á Egipto muchísimos judíos prisioneros de las montañas de Judá, del país de Jerusalén y de Samaria. También hablan los autores de una gran inmigración judía voluntaria en Egipto, siendo probable que Tolomeo se quisiera servir del elemento judío como lazo de unión entre los naturales del Egipto y los dominadores griegos, ya que los judíos tenían de comun con los egipcios la circuncisión y la distinción entre animales puros é impuros, al mismo tiempo que les unía á los griegos ilustrados la idea de un Dios único y espiritual. También rivalizaron los judíos muy pronto con los activos griegos en el comercio, siendo en esto muy diferentes de los egipcios, con los cuales por otra parte tenían de comun la seriedad tratándose de la vida interior. Tan grande fué el concepto que los judíos inspiraron al primer Tolomeo, que les concedió el derecho de ciudadanía como á los macedonios, y los prefirió como fuerza armada para guarnecer sus plazas fuertes.

No cabe, pues, dudar del establecimiento de judíos en Egipto en tiempo del primer Tolomeo; pero éste no pudo todavía algun tiempo despues de la batalla de Ipsos llamarse dueño absoluto de Palestina, porque el Seléucida Antíoco IV alegó que Seleuco había poseído este país despues de la batalla de Ipsos. Ciertamente es que Seleuco (el primero con el sobrenombre de Nicator) había procurado atraerse las simpatías de los judíos, porque si Tolomeo les dió en Alejandría los mismos derechos que á los macedonios, Seleuco Nicator les concedió también la ciudadanía en el Asia Menor, en la Siria del Norte y en la ciudad de Antioquia, equiparándolos así con los griegos que eran los vencedores. El derecho de ciudadanía era el derecho del vencedor sobre el vencido, y á él iban unidos ciertas ventajas y beneficios materiales. Por lo general correspondía á los ciudadanos en sus respectivos lugares una cantidad de aceite de los olivares comunes. Es muy singular que los judíos, tan extraños á los conquistadores greco-macedonios como los demás habitantes de estos países, hubiesen sabido conseguir el derecho de ciudadanía con sus ventajas. Sin duda lo debieron á la conducta servicial que observaron para con los conquistadores y que ya les había valido cuando Ciro se hubo apoderado del imperio asirio, el permiso para regresar á Palestina. Ningun espíritu de patriotismo animó á los judíos en favor de ninguno de los grandes imperios que se sucedieron en la posesión del mundo entonces conocido, y solo procuraron sacar el mejor partido posible de cada cambio político. De Seleuco I no lograron solamente el derecho de ciudadanía, sino que les concedió también este monarca el derecho de cobrar su parte de aceite comunal en dinero, en atención á que su religión les prohibía servirse de aceite no elaborado segun los preceptos de la ley: privilegio que conservaron hasta en la época romana despues de la sangrienta guerra de Judea, á pesar de las quejas de las poblaciones rurales, que pidieron ser relevadas de este tributo gravoso.

2. La versión de los Setenta

Por el año 280 antes de nuestra era, el segundo Tolomeo, llamado Filadelfo, que reinó desde el año 283 hasta 247, se apoderó de toda la Fenicia y de la Palestina, sin que los judíos se opusieran á la conquista, ya porque el vencedor, fiel á la política de su padre, les trató con mucho miramiento, ya en atención á la colonia judía de Egipto. Esta colonia había adquirido tanta importancia que los judíos creyeron conve-

niente entonces hacer una versión griega de su ley, escrita en lengua hebrea. No se puede comprobar hoy si el mismo Tolomeo Filadelfo tuvo alguna parte en esta obra de traducción. Segun la tradición judía, fijada despues por Aristeo á fines del siglo III, esta traducción fué obra de 72 traductores judíos que la hicieron en 72 días para la biblioteca real, de acuerdo y con el apoyo solicitado del rey y de Eleazar, el sumo sacerdote judío. Lo que consta es que la traducción del Pentateuco fué hecha en Alejandría entre los años 280 y 220, y que dió origen á aquel gran movimiento que tuvo por objeto dar á conocer desde entonces al mundo griego civilizado el mérito de la religión israelita y de su desenvolvimiento. «Los griegos van en busca de la sabiduría,» se dijeron los judíos, y en su consecuencia les facilitaron el conocimiento de la sabiduría de Israel para mayor honra del pueblo judío; pues no es de presumir que los judíos egipcios hubiesen necesitado ni para su servicio divino ni para su edificación espiritual doméstica una traducción de su Sagrada Escritura en una lengua como la griega que ellos estropeaban cuando la usaban, ni tampoco es admisible la suposición de no haber comprendido ya corrientemente el texto hebraico. Por otra parte, tampoco es probable que los traductores judíos hubiesen tenido la intención de convertir á los griegos á su religión; por manera que la traducción fué hecha únicamente para satisfacer la ambición nacional religiosa de los judíos que querían presentarse ante el mundo ilustrado griego como pueblo sabio y literario digno de respeto. Ciertamente es, sin embargo, que tan pronto como la traducción estuvo hecha, se sirvieron de ella como libro usual de texto los judíos que usaban la lengua griega; pero no por esto es menos exacto que fué destinada principalmente como otras obras, á dar á conocer á los paganos ilustrados la altura intelectual del pueblo judío. La carta de Aristeo confiesa sin escrúpulo que los traductores trabajaron para el público griego y no para los judíos que se servían de la lengua griega; y á juzgar por el mal griego de estos traductores, bien puede decirse sin temor de errar que los judíos egipcios no necesitaban esta traducción griega para entender mejor sus textos hebreos. Tiempo hacia que también en Palestina hablaban los judíos otro idioma distinto del hebreo, como lengua usual, á saber el arameo, y sin embargo no tuvieron entonces necesidad de una traducción aramea de sus textos sagrados. Por otra parte es indudable que la mayor parte de las obras griegas escritas por judíos alejandrinos iban dirigidas mas á la sociedad griega que á la comunidad judía, y casi todas estas obras estaban inspiradas por el deseo de poner al alcance de los griegos la sabiduría y civilización del pueblo judío.

La gran aceptación que encontró la traducción en el público griego, dió lugar á toda una literatura sobre la excelencia de la ley judía, y además á la traducción de las demás obras hebreas de los judíos. Este trabajo duró hasta mediados del siglo segundo antes de J. C. (150 á 125), y mas tiempo fué necesario hasta que todas estas traducciones sueltas y muchas producciones literarias originales de los judíos grecizados fuesen reunidas en una colección canónica, la Biblia, que conforme á la tradición antes mencionada de la traducción de la ley por 72 judíos eruditos, recibió el nombre convencional de los Setenta, escrito abreviadamente LXX = 70.

Los Setenta no es, pues, una traducción hecha por un solo hombre, ni por una colectividad de personas doctas, sino un trabajo laborioso de quizás mas de siglo y medio. Esta traducción es un documento importantísimo é inapreciable no por su mérito literario, pues ya hemos dicho que el lenguaje de la traducción del Pentateuco es pésimo, y de todas las obras de los Setenta solo están redactados en griego fluido algunos trozos de las obras traducidas en el último período

del trabajo. El mérito de la traducción consiste en el fondo; en que dió á conocer á los griegos la sociedad judía, y despues en la introducción y uso general del libro entre los judíos grecizados, lo cual tuvo por consecuencia que los judíos se acostumbraron á presentar sus ideas en un idioma europeo. Ahora bien, no pudiendo esto hacerse sin que recibiesen ciertas palabras un significado nuevo y extraño á la idea original, fué menester profundizar como nunca se había hecho hasta entonces tales palabras, como sucedió entre otras con las de *paz* y *honra*. Por otra parte, las consideraciones que los traductores debían guardar al público griego ilustrado, fueron causa de que advirtieran que muchos pasajes de sus libros sagrados estaban reñidos con el criterio mas ilustrado y purificado de su época. Sin embargo, pocos de estos pasajes fueron modificados por los traductores, los cuales prefirieron dejar á la interpretación de cada uno la tarea de concordarlos con el criterio moderno.

Poco á poco la versión de los Setenta fué de un uso tan general entre los judíos grecizados, que estos cesaron de servirse de los textos originales, los cuales es dudoso que sirviesen á los judíos griegos en los siglos siguientes hasta en las congregaciones semanales de las sinagogas, que se celebraban en todas partes. En efecto, sabemos que en tiempo de Jesús hubo judíos ilustradísimos, devotísimos y rígidos observadores de la ley no solamente en Egipto sino en el corazón de Palestina y en la misma Jerusalén, que al escribir en griego seguían el texto de los Setenta y no el original hebreo, como por ejemplo el apóstol San Pablo. Quizás algunos judíos intransigentes de Palestina se lamentaron de este indicio de desnacionalización de sus compatriotas y correligionarios; pero en realidad la traducción griega de los Setenta fué el medio principal que tuvieron los judíos de conservar en los países extranjeros su civilización nacional. La lengua de sus mayores de todos modos se fué perdiendo, pero cuanto mas quedó halagada su dignidad intelectual y religiosa en frente de los eruditos griegos, tanto mayor fué su afán por conservar la ley de Dios y las antiguas costumbres religiosas que tan elevado concepto les habían costado de parte de los griegos ilustrados. Por esto celebraban los judíos de Alejandría posteriormente el aniversario de la presentación de la traducción de los Setenta al rey para la biblioteca. Para la ciencia actual esta versión es un documento inapreciable, porque es la traducción del texto hebreo antes de haber recibido éste el último arreglo canónico; y si bien aquella traducción tampoco fué hecha sobre el texto primitivo, sirve en muchos casos para averiguar su contenido.

3. El pueblo judío dentro y fuera de Palestina

El grandísimo número de judíos establecidos fuera de Palestina tuvo por consecuencia forzosa varias discrepancias en el modo de cumplir lo preceptado por la ley; pues ésta tal como estaba reconocida desde Esdras en Jerusalén y su comarca, concentraba como sabemos el culto de los sacrificios en el templo de Jerusalén y prescribía á todo judío que vivía fuera de la capital que cada año acudiese por lo menos tres veces personalmente al templo. Esto era difícilísimo y aun imposible de cumplir para muchos judíos habitantes de Palestina y mucho mas para los que vivían en otros países. Mucho era ya que devotos galileos fueran por Pascua cada año á Jerusalén; pero ni esto podía pedirse racionalmente á los judíos de Siria, del Asia Menor, de Mesopotamia y de Egipto. Para muchos judíos devotos del extranjero el deseo mayor de su vida era visitar la ciudad santa siquiera una vez, y los que podían hacerlo cumplían con este precepto hasta donde les era posible. Mas otros puntos de la ley había cuyo